

sagrado depósito es donde la encontrareis con toda su hermosura, magestad y grandeza. Las reglas de las costumbres que se encuentran esparcidas y desfiguradas en las falsas religiones, en la nuestra están con toda su perfeccion é integridad con tal autoridad y evidencia, que convencen y someten á todos los que quieren hacer uso de su razon, y sus pasiones no les han arrastrado hasta el último grado de depravacion. Si, pueblo mejicano, solo las maximas santas de la religion os pueden llevar á la cumbre de la dicha: no temais á los enemigos de esta divina moral, ellos en todos los siglos no han sido otros que unos génios licenciosos ó frívolos, hombres ciegos y corrompidos que vomitan su veneno y blasfeman de la ley, porque pone diques á sus desenfrenadas pasiones y les aterroriza en lo íntimo de su conciencia: esta es la causa porque se empeñan en destruir y aniquilar las reglas de lo justo; por esta misma causa se irritan, blasfeman y con frenético furor, gritan que es supersticion y fanatismo todo lo que se halla en nuestra divina religion, que hace ver sus extravíos, y que les pone un obstáculo para satisfacer impunemente sus pasiones vergonzosas: si, el los quieren mas bien escsecrar á la ley y aborrecer sus preceptos, que corregir su entendimiento y detestar sus vicios, como dice un sábio: *Mavult quilibet improbus execrari legem, quam emendare mentem. Mavult præcepta odisse quam vitia.*

Hemos hablado hasta aqui de la religion en general, pasemos ya á hablar de la religion verdadera y única en que el hombre pueda hallar su felicidad.

Para proceder con método en materia tan importante, y sentar solidamente la verdad de una religion revelada y divina, demostraremos primero la necesidad y posibilidad de la revelacion; despues pasaremos á manifestar la verdad de la revelacion, los motivos que la hacen inconcusa y por los que los misterios de nuestra religion son evidentemente creibles; y últimamente haremos ver los distintos estados en que se ha hallado esta religion divina, desde el principio del mundo hasta nuestros dias.

La ecsistencia de Dios seria inútil demostrarla, si las impios con falsos raciocinios no hubieran atrevidose á negarla, pero como estos ignorantes orgullosos han querido derramar tinieblas en medio de la mas brillante luz, diremos alguna cosa sobre la ecsistencia de este sér infinito, su providencia, y la obligacion indispensable que tenemos de tributarle un culto. Tambien demostraremos la espiritualidad é inmortalidad del alma contra los materialistas.

CAPÍTULO III.

Ecsistencia de Dios

No hay cosa mas vergonzosa para nosotros y que denote mas nuestra corrupcion (dice un

autor frances) que la necesidad en que se hallan los escritores de escribir sobre la existencia de Dios; en efecto, esta verdad tan evidente, impresa en todas las criaturas, y manifiesta en todas partes; ha de ponerse en duda y aun negarse, y por consiguiente ha de necesitar de pruebas? seria imposible creerlo, si una triste experiencia no nos lo enseñara; y acaso algunas razones de peso impelen á desconocer á Dios? ningunas, en verdad: solo la corrupcion del corazon puede arrastrar al hombre á un exceso tan vergonzoso.

El célebre La Bruyere decia, «Yo querria ver á un hombre sobrio, moderado, casto y equitativo, pronunciar que no hay Dios, el por lo menos hablaria sin interes; pero este hombre no se encuentra. Yo tengo una curiosidad estrema de ver quien está persuadido que Dios no ecsiste, él por lo menos me dirá la razon invencible que ha sabido convencerle.»

Mas á pesar de la falta de razones para quitar la nocion de Dios, han trabajado constantemente los impios para levantar nubes que por lo menos oscurezcan esta luz, ya que no pueden estinguirla. ¡Que horror! ver á estos ingratos é iguorantes que se olvidan de su criador el mas liberal de todos los bienhechores; que se empeñan en aumentar el número de los incrédulos y que sea este el miserable recurso á que se acogen para sufocar la voz interior de la conciencia, que les reprende sus monstruosos excesos. Verdad triste, que

presentan muchas producciones de los escritores de los siglos 18 y 19 que el cristianismo no puede ver sin dolor y la verdadera filosofia sin temor por la suerte futura del género humano. Innumerables escritos vemos en que se trata de imponer al hombre de sus derechos, y buscamos el nombre de Dios en ellos sin encontrarlo en parte alguna, ó si se nombra es como por incidencia, usando de la palabra ser supremo con que la Francia en su embriaguez quiso que se nombrára, como desdendiéndose de reconocerlo bajo de este título de Dios; y ojalá y solo esto se hallara en los escritos! pues muchos se avanzan á negarlo, ó á formarse un Dios imbecil y acomodado á sus caprichos. ¿Que seguirá de esto? Una juventud educada con tan perversos principios crecerá en la corrupcion, y hará la ruina de los pueblos.

Si los hombres corrompidos que se empeñan en borrar la idea de Dios y aumentar el número de los incrédulos, quisieran hacer uso de su razon, ellos conocerian que jamás podrán sufocar la voz de la naturaleza que nos dice que hay un Dios, que la multitud de los incrédulos no podrán debilitarla y que sus sistemas nunca serán otra cosa, que errores insensatos oprobio de la razon, pues no se puede atacar este punto sin echar por tierra las verdades mas evidentes. Para confundir á estos, y preservar á otros del abominable contagio del ateismo, espondremos algunas de las razones que demuestran la existencia de Dios.

Si nosotros podemos asegurar alguna cosa sin temor de engañarnos, ninguna con mas firmeza que la certidumbre que tenemos de nuestra existencia: nuestro entendimiento no necesita para convencerse de esto, de profundas meditaciones, largos racionios ni laboriosas investigaciones, porque asi como para ver la luz nos basta abrir los ojos, para saber que existimos nos basta una simple ojeada, y quedamos ciertos hasta la evidencia. Nuestro convencimiento en este punto es íntimo perpetuo é invencible del que jamás podremos ser despojados, y aun la misma duda que tubieramos de nuestra existencia, seria un nuevo argumento que la probaba, porque quien duda existe. Pues de este mismo conocimiento pasamos naturalmente al de la existencia de Dios.

Yo soy, yo siento, yo existo; pero yo no me he dado el ser, porque si yo fuera causa de mí mismo, habria existido antes de existir lo que es una evidente contradiccion: luego yo de otro he recibido el ser; ¿y este de quién? la misma pregunta podremos ir haciendo de todos nuestros antepasados, y jamás hallaremos en ellos mismos la razon de su ser; de aquí se sigue que es necesario recurrir á un supremo Criador que exista por su misma naturaleza, y que tenga en sí todas las perfecciones, supuesto que las ha dado á las criaturas y ninguno puede dar lo que no tiene: pues este ser existente por sí, é infinitamente perfecto es Dios.

Hay muchas pruebas del orden metafísico, que demuestran evidentemente esta verdad y los hombres acostumbrados á meditar, las verdades abstractas y a remontarse hasta los primeros principios en la misma idea de Dios le conocen evidentemente, y aunque este camino es corto y seguro; pero como nosotros escribimos para todos los mejicanos y la multitud no está impuesta á buscar la verdad, por esta via que les es inaccesible; por esto nos ha parecido conveniente omitir las pruebas de este orden y ocurrir á otras mas sencillas y acomodadas á la capacidad de todos, y asi tomaremos nuestras pruebas del orden físico y moral.

Los hombres que viendo el universo no se elevan al conocimiento de Dios, no es por falta de medios que se lo enseñen; la causa de esto son sus pasiones, negocios y distracciones: agitados continuamente de las cosas de la tierra, de tal suerte les ocupan la imaginacion que no piensan en otra cosa que en sus negocios temporales; asi como un hombre, que lleno de graves atenciones aunque habite una casa magníficamente adornada no ve con cuidado los adornos de ella por tener el entendimiento ocupado en otros negocios; del mismo modo muchos de los que habitan en el gran palacio de este mundo no ven su proporcion, regularidad y belleza por estar fijos en otras atenciones; la sabiduría del autor del universo que resplandece en todas partes y el mis-

mo autor que se halla en el mundo es desconocido de él, *in mundo erat; et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit.*

Nosotros suplicamos á nuestros lectores que hasta ahora no hallan reflexionado sobre el universo para buscar en él á Dios, que por un momento se desembarazen de las fruslerias que les ocupan y atiendan á las obras de la creacion.

Si levantamos los ojos á lo alto allí vemos la inmensidad de los cielos, la multitud de cuerpos luminosos que les adornan, la regularidad del movimiento de estos cuerpos, su brillantez, su hermosura, su orden; ellos jamas se confunden unos con otros, cada uno gira en su órbita sin salirse de ella ni encontrar otro cuerpo que le embaraze el paso. El Sol, ese astro benéfico que alegra y vivifica la tierra, siempre constante en presidir el dia, y siempre fijo en sus operaciones: si le vemos separarse del ecuador ácia los trópicos jamás pasa de ciertos puntos y luego que los toca obediente á la orden del Criador retrocede al lugar de donde se habia separado. La Luna fija en su misma inconstancia nos manifiesta el mayor orden y regularidad: todos los días se presenta de distinto modo; pero nunca se sale un ápice de los acostumbrados y en cada uno de los meses la vemos creciente, llena y menguante, sin que hayan sido necesarios alguna vez dos meses para todas estas variaciones. Esa multitud asombrosa de estrellas, que

al hombre irreflexivo le parecerán sembradas al acaso en esa bóveda espaciosa de los cielos, al que contempla atentamente en las obras de la creacion le manifiestan ellas mismas la sabiduría infinita del Omnipotente. Sí, no hay duda, el cielo refiere la gloria del Señor, y el firmamento anuncia las obras de sus manos.

Si bajamos nuestra vista á la tierra ¡cuantas maravillas encontramos en ella! todos los objetos que se nos presentan son muy dignos de nuestra atencion y no hay uno en que no tengamos mucho que admirar, pues aun en el cieno corrompido encontraremos multitud de insectos que en su misma pequeñez encierran una regularidad y proporcion en todas sus partes mas prodigiosa acaso que la que vemos en los mas grandes animales. Plinio decia: Pasma la espalda de los elefantes cargada de torres; pero ¡que perfeccion tan incomprendible la de aquellos animales que nada son! *turrigeros elephantorum miramur humeros. In his tam parvis, atque tum nullis, quam inextricabilis perfectio!* La magestuosa elevacion de los montes, las deliciosas colinas, los hermosos y amenos valles, los árboles y plantas de que se hallan cubiertos, ¡habrá alguno tan ciego que no vea ser todas obras de una infinita sabiduria, y tan sordo que no oiga la voz de estas criaturas que publican la omnipotencia de su autor?

Aun en la misma destruccion de las

Plantas se nos suministra una prueba evidente de la existencia de Dios: estas despues de secarse vuelven al seno de la madre, que las ha producido, se corrompen y parece que ya serán por siempre estériles é inútiles; pero la tierra fecunda les proporciona todos los medios necesarios para su reproduccion, y recibiendo una nueva vida comienzan á germinar y cubrir la superficie del globo. En estas plantas no solo hallamos hermosura, sino mucha utilidad: ellas suministran alimentos á los sanos, y remedios á los enfermos, sus especies asi como sus virtudes, son innumerables. Nada hay inútil en ellas; esos árboles que se vnden en la tierra por sus raizes elevando sus brazos acia el cielo forman hermosos cenadores que refrigeran al fatigado caminante, poniéndole á cubierto de los rayos del Sol: en invierno ellos nutren el fuego que conserva en nosotros el calor natural y en todo tiempo dociles á la mano del hombre, toman y conservan las formas que se les quieran dar para las mas grandes obras de nuestra arquitectura civil hidraulica ó naval, los frutales inclinando sus brazos acia la tierra parece que presentan sus frutos á la mano del hombre, y estos mismos asi como las plantas dejando caer sus granos, se preparan al derredor de sí una numerosa posteridad conteniéndose muchas veces el árbol mas robusto en la semilla mas pequeña y despreciable.

Volvamos por un momento nuestras mi-

radas á la mar, y consideremos en aquella enorme masa de aguas que encerrada en ciertos límites jamás se atreve á traspasar: allí se ven levantar unas olas furiosas que amenazan al universo con un nuevo diluvio; pero estas mismas vienen á estrellarse en un grano de arena, y por mas embravecidas que acometan, en llegando á la orilla besan con respeto las márgenes que se les han fijado y doblan su altivez para volver á su prision. ¡Ah! que grande se ostenta aqui la omnipotencia de Dios! viendo estos prodigios podemos transportados de asombro decir con el profeta, *mirabilis elationes maris, mirabilis in altis Dominus.*

¿Y quién ha sabido tomar unas medidas tan justas para que el mar guarde el orden que observamos? ¿quién le ha dado un movimiento tan regular para que suban y bajen las mareas sin que puedan escederse en su elevacion é inundar á la tierra? los filósofos han investigado las causas, *quæ mare compescant causæ... curvè suos fines altum non exeat æquor*, dicen Horacio y Propersio; pero estas causas se han hallado y demostrado evidentemente? Hasta el dia nos parece que no podemos asignar otra sin miedo de errar, sino que el mar obedece á la orden del Criador que le previene arribar á ciertos puntos, y no pasar adelante *usque huc venies et non procedes amplius.*

Si nos propusieramos hablar de todos los prodigios de la naturaleza, nos seria imposible el acabar, pues en todas las cosas se encuen-

tran rasgos brillantes de la sabiduría del Criador; pero solo hemos querido dar una ligera ojeada sobre ella sin entrar en profundas meditaciones sobre los arcanos que en sí contiene.

Basta considerar la superficie del universo para quedar íntimamente convencidos de la existencia del Criador: pues las maravillas que resplandecen en los grandes cuerpos y en los pequeños nos elevan naturalmente á su conocimiento. Ya veamos al Sol tantos millones de veces mas grande que la tierra, ya veamos el círculo en que gira en cuya comparacion no es el mismo Sol, sino un átomo brillante; ya veamos otros astros, acaso mucho mas grandes que el Sol, caminar por unos espacios mayores y mas distantes de nosotros, aun percibiremos otros espacios innumerables en donde confusamente se ve tanta multitud de astros que ni se pueden contar ni distinguir. La tierra que habitamos, ¿qué otra cosa es en comparacion del universo que un pequeño punto? mas en este, ¿cuantas cosas hay que asombran al entendimiento?

Este todo del mundo está tambien colocado, que no se podria quitar un átomo sin descomponer esta máquina inmensa, la que se mueve con tan bello orden, que del mismo movimiento perpetuo resulta una variedad agradable y una perfeccion acabada. Es preciso, pues, reconocer una mano que haya hecho manar las fuentes de las aguas; que haya sentido las pesadas masas de los montes sobre

bases indestructibles; que haya hecho la tierra con sus rios, sus polos y figuras acomodadas al movimiento en que gira; que haya preparado los cielos, cercado por una ley los abismos; afirmado la region eterea, y equilibrado las fuentes de las aguas; ceñido al mar dentro de su termino y puesto ley á las hinchadas olas para que no traspasen sus límites; sí, esta mano se deja ver en todo el universo la que no se enfada ni cansa con el cuidado de su obra, sino que se deleita dirigiendola todos los dias con el mismo orden que el primero de la creacion.

Como ya hemos dicho que escribimos para todos, y que las demostraciones metafísicas no están al alcance de muchos, evitaremos cuanto se pueda valernos de los principios de este orden, que aunque convencerian hasta la evidencia al filósofo; pero al comun del pueblo le confundirian y no percibiria la fuerza de las pruebas.

Solamente diremos, que ese movimiento y átomos eternos, y esas conyunciones infinitas se ponen gratuitamente y la razon nos manifiesta que repugnan al buen sentido; porque si estos átomos se han movido eternamente y conyuncionados infinitamente; luego ya en esta eternidad é infinito número de conyunciones, se han hecho todas las posibles, porque si aun se pueden añadir otras ya no son infinitas, y si no se pueden añadir, luego ya tienen termino el que está concluido.

Demás; ¿cómo esos átomos que se mueven se han fijado en el orden actual que tienen? ¿por qué observan los cuerpos invariablemente ciertas leyes generales de las que no salen un punto? ¿el acaso ciego reconoce algún orden? ¿Y podremos aun viendo al universo dudar de la existencia del Criador? ¿daremos crédito á algunos filósofos que todo lo atribuyen al acaso? ¿nos dejaremos alucinar con sus insulsos raciocinios? nosotros haremos ver la necesidad ridícula de estos, que en la casualidad buscan la razon de las cosas, con la siguiente novela que hemos leído en cierto autor.

»Un navegante despues de haber sufrido naufragio, fue echado á tierra en una grande isla poblada de groseros y rudos habitantes, que ninguna comunicacion tenian con el resto del continente. Antes de acostarse el desgraciado para reponer con el sueño el desfallecimiento, sacó el reloj, dióle cuerda y lo puso junto á sí. Mas sorprendido por las fieras mientras dormía, fue por ellas muerto y conducido á sus cavernas. A la mañana los isleños se hallaron por casualidad el reloj, y picados de la curiosidad de ver que era lo que se movia dentro, tanto estudiaron y trabajaron, que lograron atinar con el secreto de abrirlo. Pero ¿que espectáculo tan maravilloso á sus ojos! derrepente fue el objeto de todos los discursos. Ninguno podía comprender como, ó por donde hubiese allí venido, cual fuese su

uso, ni mucho menos quien hubiese sido el artista de una máquina tan delicada y admirable. Todos admiraban la delicadeza y finura de su trabajo, la armoniosa disposicion de sus partes, la exacta y ajustada correspondencia de estas, la direccion universal encaminada á producir el movimiento, y la defenza exterior hecha con toda prevision para conservarla. Pero lo que superó sobre todo sus inteligencias, fue la primera fuerza motriz, mientras el resorte estuvo oculto á sus ojos ninguno dudaba que quien tal máquina habia hecho no fuese en sumo grado superior á ellos en conocimiento y maestria. A ninguno le pasó por la imaginacion, o que se hubiese ella producido á sí misma, ó que fuese un efecto de un acaso: y ninguno se ataba de admirar y celebrar su artífice. Sin embargo algunos sabidillos que se tenian por demás alcances que los otros isleños, comenzaron á contradecir la opinion general diciendo: que no pudiendose dar razon como habia venido allí la máquina se podía afirmar muy bien que la tierra la habia producido; lo mismo fue oír esto los otros que rompieron en carcajadas y con tono burlesco comenzaron á preguntarles ¿como era que la tierra no producía casas, sombreros, vestidos y utensilios? mas esta replica capaz por sí sola de hacer entrar en juicio á cualquiera que anda en dos pies, fue justamente la que empuñó mas á nuestros sabios en hallar el modo

con que la tierra hubiese producido el reloj. He aquí como discurren. *Los metales se hallan en la tierra: un fuego eléctrico ó volcánico puede haberlos fundido: la fermentacion que precisamente se habrá ocasionado puede haber hecho singulares combinaciones: y el acaso podrá haberle puesto el último perfil.*

Otros mas eruditos imaginaban que muchos y diversos metales se habian derretido y revuelto unos con otros y que la simpatía, ó antipatía de ellos, juntamente con la atraccion &c. &c. bonitamente y como quien no hace nada, habrian trasado, que un metal con otro formasen diversas figuras de ruedas dentadas, péndulas, cadenas &c. y por lo que tocaba á la igualdad perfectísima de los dientes, á la finisima proporcion de las partes, á las figuras hechas con toda exactitud unas para otras y á la evidente disposicion del todo á un fin maravilloso, lo atribuían á un acaso, que aunque difícil; pero que no tenia ninguna imposibilidad. Mas el pueblo á quien es muy duro (sino imposible) hacerle perder los estribos de los primeros dictámenes de la razon, se reía igualmente de las esplicaciones de unos y otros."

Pues señores filósofos materialistas, aplicaos esta fábula que os conviene adecuadamente: el universo es la máquina del reloj; todo el género humano que ha creído y admirado á su autor, son los isleños, vuestros discursos son los de aquellos ignorantes que se tenían

por sabios, y vosotros los mismos sabios que mereceis la burla y el desprecio de todos los que tienen sentido comun. Vuestros discursos son, en verdad más insulsos que los de los filósofos de la fábula, porque es incomparablemente mas admirable la economía del universo que la de un reloj por mas curiosamente que esté fabricado: y si este no puede ser obra del acaso, ¿como podrá serlo aquel? ¡filósofos impios! ¿cuando tendreis luz siquiera para saber avergonzaros de vosotros mismos? Ved el mundo con cuidado; y dad por un momento lugar á la sana razon y hallareis al Dios que desconocéis.

Antes de proponer los argumentos morales, nos ha parecido conveniente impugnar en este lugar el error de aquellos que dicen que el mundo es eterno, y despues continuaremos nuestras pruebas sobre la existencia de Dios.

CAPÍTULO. IV.

El mundo no es eterno.

Algunos filósofos empeñados en explicar todas las cosas sin otros principios, que los que se han fingido en su imaginacion, y que han querido por todos los medios que han estado á sus alcances, echar por tierra la nocion de un Dios Criador, han asegurado que el mundo es eterno. La revelacion ai-